

crifican a un ser salido de sus propias entrañas, que no habla, que no se defiende, que no tiene más protección que la que pueden darle las mismas manos que lo asesinan.

Son casos no tan frecuentes, y por lo mismo, inolvidables; una imbécil que asfixió a su criatura con las sábanas del lecho en que ésta nació; otra, refinadamente cruel, que destrozó al niño, para hacerlo desaparecer en la cloaca de la casa; otra, que le hundió el puñal; otra, que lo estrelló contra el muro. Estos son los procedimientos espantables, los usados por Gille de Rais en sus orgías negras y rojas.

Pero los hay también vulgares, que de puro repetirse llegan a olvidarse: en ellos, no se pone en uso la soga, no se blande el puñal, no se esconde la ropa ensangrentada. El egoísmo es más cobarde; tal vez, es más grande la infelicidad. El asunto ofrece poco peligro y el crimen suele quedar impune: se esperan las sombras de la noche; se acecha el sueño de la ciudad; se atisba la calle sola, y, en el momento oportuno, se deja el bulto en el umbral de una puerta, en la orilla de una acera, en el césped de un jardín, en cualquier parte, en donde, al día siguiente, el guardia vigilante o el curioso transeúnte, se sorprendan con el hallazgo de una vida que estorba. A

veces, esta llama de vida, encendida apenas, se apaga antes de que en ella tropiece el pie del vecino madrugador.

* * *

Este acto miserable es, con frecuencia, la solución de un conflicto moral: el desliz de un amorío y la necesidad de encubrir un honor perdido para la conciencia y dudoso para la sociedad. Los delincuentes no pertenecen, por lo general, a las clases ínfimas, allí donde el deseo no conoce valladares y cumple con la sentencia bíblica en un contubernio de gusanera. La muchacha casquivana, la coqueta sensual, la novia engañada, la imprudente seducida, son las que, obligadas por un recato tardío, cometen la infamia de abandonar a esos desgraciados, a esos condenados por el delito calderoniano de haber nacido.

El pudor de estas mujeres es falso, como fué su amor, como fué su virtud, como es su honor; estas encubridoras de deshonor no tienen más que una cosa verdadera: su egoísmo, que traspasa, por efecto de una torcida interpretación moral, las fronteras del instinto.

Sé que hay historias románticas; casos de novela por entregas; cuentos de «Tardes de la granja». Sé que la ingratitud de los hombres, el amo-

ralismo de los tenorios de barrio, la engañadora concupiscencia, son factores de estas execrables delincuencias. Sé que, en ocasiones, hay mucho sufrimiento en estos crímenes. Mas tales exculpantes pueden, en los espíritus delicados, despertar la piedad en su forma de lástima; pueden atenuar el golpe de la justicia inexorable; pero no logran amenguar la repugnancia que nos inspira falta tan impía, maldad tan abominable.

Sé también que de estos callejeros encuentros con los recién nacidos se han forjado aventuras extraordinarias. En un hogar compasivo se ha desarrollado, con singular pujanza, alguno de estos hijos del infortunio y de la noche. La leyenda mosaica posee un encanto poético. Un día, una mujer israelita, que se ocultaba a las miradas de los egipcios, se levantó la túnica, junto a las cañas de la orilla de uno de los pantanos del Nilo. Hundió las blancas pantorrillas en las aguas verdes, y en donde la corriente comenzó a ser impetuosa, depositó en el río sagrado la cesta, que llevaba, como una ánfora, sostenida con ambas manos, sobre el rayado turbante. La cesta, corrió a impulso del aire del desierto, y se detuvo, encallada, al pie del palacio del Faraón. La hija predilecta, la princesa que muellemente sentía, bajo la sombra de esmeralda de las hojas de

un plátano, la caricia de pluma de los abanicos que agitaban las esclavas, recogió la minúscula embarcación de mimbre: era una cuna, en la cual dormía el salvador del pueblo judío, el que había de libertar a su pueblo de la servidumbre, y llevarlo, a través del desierto, en pos de la columna de fuego, y abrirle caminos de milagro entre las olas del Mar Rojo, y hacerle oír la voz de Jehová, en la cumbre del Sinai.

La madre de Moisés fué un instrumento de los designios del Dios bíblico. El predestinado, que fué un abandonado, no cayó bajo la cuchilla de los soldados del Faraón vengativo.

No obstante, prefiero, a la majestad espléndida de este episodio, el sencillo cuento infantil de la niña que decidió no ir de paseo, por no dejar a su harapienta y sucia muñeca.

Y es que nada me seduce tanto, entre las supremas virtudes humanas, como la arcangélica piedad de aquel corazón de la balada, que, arrancado del pecho, por las manos violentas del hijo enamorado para darlo en ofrenda a una cortesana, exclamó, al sentir que el galán infernal caía en mitad de la precipitada carrera: ¡Hijo mío! ¿Te has hecho daño?

LA TRAGEDIA DE LA RIÑA INFANTIL

C UENTAN las crónicas, que el jueves por la noche el Parque de Dragones fué teatro de una fiera lucha, de una riña callejera, provocada por un motivo nimio, y que, no obstante, tiene una dolorosa singularidad. No pertenece al cuadro de la delincuencia común en la que el hombre, recio de músculos y de carácter, siente el regresivo impulso de atacar a su semejante, ya cegado por la pasión, ya sacudido por la violencia, en un deseo de poseer algo por la fuerza, o en el terrible deseo, en la monstruosa locura de caverna, de destruir, de matar porque sí, porque lo quiso la bestia indomable e insaciable que los *natos* llevan, como en jaula, en el fondo de la conciencia.

Este delito, que ahora comento, es más triste, porque es más fútil; es más grave, porque es más revelador. Lo que tiene de doloroso tiene de

pueril. Es una travesura, no más que una travesura de niños. Los árboles del jardín público en el que unos chicos jugaron a la cólera grande, han de haber hecho, como las frondas en la *Leyenda de los Siglos*, un largo ruido de selvas que se estremecen, cual si algún lobo las revolviera al pasar. Un Caín imberbe—;qué digo imberbe!—, un Caín que quizá acababa de abandonar las faldas maternas, hirió mortalmente, con un palo en forma de estaca, a un Abel recién entrado en la adolescencia, y que, por ser un poco mayor que su adversario, creyó poderlo dominar, como los caballeros andantes, con sólo el esfuerzo de su brazo.

El periódico en el que leo la nota policiaca refiere que el origen de este combate fué de lo más baladí e insubstancial: un grupo de chiquillos jugaba ruidosamente en una banca del parque. Las risas infantiles llamaban la atención de los transeúntes y despertaban a los pájaros. —La niñez, en el momento de llegar a la pubertad, es insufriblemente alborotadora. Es el vigor de la vida que empieza—. De pronto, llega un inesperado, o mejor, un intruso. Y en estos banquetes en que los manjares son risas y malicias, no suelen ser bien recibidos los que no son amigos ni están, de antemano, convidados. Estos seres pe-

queños son, en ocasiones, formidables. Yo he visto las querellas de los gorriones, furiosos contra los impertinentes que se empeñan en compartir con ellos la rama habitual.

Y el recién llegado, el nuevo chiquillo, se empeñó en compartir con los otros el juego y la banca. Como era natural, la *bande joyeuse* se opuso. Y no teniendo dónde poner el grito, lo puso en el cielo. El garzoncillo, escocado tal vez en su incipiente orgullo, se resistió a ceder a la violencia. Permaneció arrogantemente en su sitio, hasta que vino, súbita, la resolución del conflicto. El enjambre, irritado, la propuso. Era un consejo escolar.

—¡Vamos!—le dijeron los compañeros al muchacho más valeroso—. ¡Pégale!

Y principió la *fajazón* dentro de un corro de chicos regocijadamente curiosos. Las fuerzas parecían desiguales: luchaban diez y seis años contra catorce. En un encuentro cuerpo a cuerpo, el brazo más largo es una reconocida ventaja. Y la igualdad de los ímpetus se nulifica con la desigualdad de las armas.

Aquellos rapaces estaban ciegos de coraje; pero uno, al extender el brazo acometía más seguramente y se defendía con mayor eficacia. Mas la ira tiene perspicacias resplandecientes. El en-

tendimiento tórnase penetrante y sutil. Todo lo ve, todo lo prevé en la agilidad alada de las ideas. Y el muchacho más pequeño, sintiéndose dominado, pensó instantáneamente en equilibrar las fuerzas contrarias; es más: en sobrepujarlas. Y la mano trémula afianzó un palo de punta aguzada.

¿Cómo sucedió el caso? ¿Quién intervino en la entrega de esta tizona improvisada? ¿Fue la casualidad? ¿Fueron los compañeros? Es un misterio que no puede descifrar el «repórter», pero que el juez aclarará.

Y el palo, removido por la rabia, hirió. Y cayó el mozalbete intruso castigado caballescamente, por la audacia de haber intentado ocupar un sitio, una plaza en un juego infantil, en la banca de un parque público y en la alegría callejera de un grupo de muchachos. La desbandada de la chiquillería; la aprehensión del niño delincuente; la conducción del agonizante al *Hospital de Emergencias*; el tumulto; el escándalo del vecindario, y luego... nada: la vida nocturna de la ciudad alegre, ruidosa, movediza, con su ingenua y placentera frivolidad, sus cafés bulliciosos, sus calles céntricas iluminadas por los cuadriláteros vívidos de los escaparates, sus *cines* oscurecidos, donde los pianos mas-

tican música corriente; su «Alhambra», su «Molino Rojo», su ir y venir de *fords*, sus paliques, pintorescos y callejeros, y, quién sabe por qué rumbos, distantes uno de otro, dos hogares llenos de sollozos y lágrimas; dos familias asombradas por el dolor inesperado, brazos nerviosos que se retuercen, manos que se crispan de angustia; bocas que llaman, que inquietan, que imploran o blasfeman, y, quizá, de un lado, la vergüenza, y, quizá, del otro, el rencor.

Los ramajes del Parque de Dragones, como en el cuento épico de Hugo, se estremecieron un momento. Por ellos, a saltos, agazapándose, recelosamente, había pasado, entre la sombra siniestra de la noche, el lobo del Mal.

Entretanto, como en el alejandrino grandioso, Adán lloraba por Abel y Eva por Caín...



Y luego... ¿cuada? Sí; una reflexión, una observación, un análisis, un poco de meditación, con un poco de piedad, y otro poco, también, de esperanza.

Yo quiero ofrecer aquí no una disculpa, sino una explicación de mis impresiones sobre los tristes y mínimos sucesos del mundo, que, en ocasiones, me preocupan tanto como los máxi-

mos, y, a veces, más. La explicación es muy sencilla, y no revela en mí ninguna cosa extraordinaria: es que soy un escritor de temperamento apacible, complicado, entremezclado, mejor dicho, de viejo maestro de escuela. De cuando en cuando, imagino como un poeta; pero casi siempre, siento y juzgo como un profesor. He vivido mucho entre las almas nuevas, y, por vocación y por costumbre, ellas me interesan más que las otras, que las que ya no necesitan atención ni cuidado, y que, duras y frías, no ceden bajo el dedo plasmador de la educación. La juventud no está en mí—¡hace tanto tiempo que no está!—; mas en torno mío la veo, la siento, y me complace sentirla y verla difundida en los seres que van llegando, anunciadores de los que han de llegar. Experimento una especie de alegría dionisiaca que fluye naturalmente de mi espíritu como de una roca silvestre un hilo puro de agua montañosa. Así suelo refrescar mis melancolías y lavar mis escepticismos.

¿Qué mucho que durante mi permanencia en la Habana me haya fijado insistentemente en los niños? Ya que no en las escuelas ni en las casas, los he contemplado y observado en los paseos, en los sitios públicos, en las ruas, en los jardines. Los he mirado correr, patinar, andar. Y

cuando van solos, y cuando van en compañía de sus amigos. Y he pensado...



He pensado que el niño cubano es una robusta y proficua semilla humana. Es un germen rico. Fuerte y bien esculpido está el vaso, y hecho y modelado para contener esencias del más subido precio.

Porque este niño sano, hermoso, por naturaleza ágil y gallardo, bien plantado sobre la tierra, lleva, potencialmente, altas virtudes, las del esfuerzo, las de la resistencia. Nace con vigor en la inteligencia, en la voluntad y en el corazón. Amar sabe ya (las madres son ilustres profesoras de amor); sabrá pensar; sabrá acometer.

Es frecuente ver cómo chispea el talento en los ojos de un niño cubano. Dentro de esas miradas hay luz firme y nítida de vivacidad mental. Dentro de esos cerebros hierven savias de pensamiento. La elaboración de la idea es rápida allí, como en estos campos es rápida la germinación de las plantas. El niño cubano razona fácilmente; pero imagina más fácilmente todavía. Como todos los precoces, por el camino aéreo de la fantasía llega antes que el dómine que va por la senda pedregosa del silogismo.

Sus imprevistas inferencias son picoteos de ave en la manzana de la verdad. Y las aves no conocen la tabla: «Bárbara», «Celaren», «Darü», «Ferio»...

Y como es la mirada, es el parloteo en el niño cubano. La palabra va suelta; corre el vocablo mal ceñido; brinca el sustantivo regional cargado con el adjetivo de muletilla; entra, sonante, el verbo popular, enigmático y raro; y el modismo, el *clisé* gastado, la cuña fraseológica, componen y ornamentan pintorescamente el lenguaje infantil. Y por la espuma se conoce la actividad del fermento.

Pero no sólo piensa con rapidez este hombrecito de ojos de cocuyo y garrulerías de viento en cañaveral. Su acción es asimismo rápida y elocuente. Como es imaginativo, es activo. Es un rayo de sol.

Los rasgos de carácter son en él poco impresionados. Indican, por lo general, que es voluntarioso, enérgico y apasionado. Por su clara conciencia parece que, cuando se irrita, cruzan relámpagos de impulsivismo. Es tal vez alguna huella hereditaria, el inextinguido arrebató del antepasado, en su lucha prolongada por la libertad. —Recordemos aquella observación de Musset en la «La Confesión de un hijo del Siglo»: la generación

que siguió al Primer Imperio estaba enferma de neurosis.

El niño cubano es franca y generosamente valiente. Es el suyo el valor ingénito de los hombres de costa, de los que nacieron a la orilla del mar, y que, por misteriosa predestinación, son camaradas y enamorados del peligro. Y el valor es la virtud magna. Quien lo posee puede apoyar su vida en él, toda su vida, como el Cid apoyó su ancianidad gloriosa en las siete cuartas de acero de Colada.

Mas este cúmulo de dones del niño cubano tiene que distribuirse, que purificarse, que modificarse por medio de una lenta labor educativa. Es un trabajo de adaptación, semejante a la del joyero que, tras pulir facetas en el diamante bruto, engasta la gema en el oro de un cintillo. Este espíritu nuevo debe ir, debe servir al ideal. Es preciso que el niño levante la cabeza y siga, en el horizonte, el resplandor de las estrellas.

Y la tarea reviste estas tres formas: encauzar el amor en los límites del bien sin estrecheces de egoísmos; pero sin amplitudes de debilidad y afeminamiento; templar la fantasía en la llama de la razón sin enfriamientos que la conduzcan a la aridez, pero sin incendios que la arrojen al delirio; atemperar el valor en el fundamento de

una moral severa, sin menguarle un ápice de sus nobles ímpetus, pero sin llevarlos, por la exaltación de ellos, al anhelo de sustituir el derecho con la fuerza.



En esta obra común han de entrar la familia, la escuela, la sociedad. En la casa, en el aula, en la calle, la vigilancia ha de ser constante.

Y en las calles de la Habana, desgraciadamente, no lo es. Yo he presenciado innumerables riñas infantiles, contiendas de arroyo, duelos de mojicón y caída. El niño, de cualquier color, de cualquier clase, gusta no de defender su dignidad ultrajada—lo que sería justo—, sino de dirimir sus caprichos, de terminar sus juegos, de probar su valor por medio de chuscos retos que alguna vez ponen en la cara de *Pulchinela* el gesto de la muerte. No es la disposición a la riña callejera; es la provocación, es la glorificación de ella. La admiración por el ejercicio de los músculos, el gusto de sentir el desarrollo físico son, quizá, incentivos de la niñez batalladora. Pero la riña callejera es una tendencia perniciosa. No educa, degrada. Obliga a poner en olvido el respeto social y la obediencia de la ley.

Un niño rijoso, en la calle, prepara su valor antes para el delito que para la epopeya.

Sin embargo, como la costumbre tiene un irresistible poder, he notado que las gentes pasan con indiferencia, y hasta se detienen con complacencia, junto a estas «justicias de Dios» liliptienses.

Y eso me apena más por los grandes que por los chiquillos.

Es qué soy, irremediamente, un maestro de escuela. Y ante estas travesurillas de la infancia, creo sentir que mi alma se estremece momentáneamente, como los árboles de «Eviradnus». Es que, invisible, pasa el lobo del Mal..

LOS NIÑOS MUTILADOS

LA noticia es cruel como una puñalada. No quisiera uno darle fe. Y no obstante, casi todos los periódicos la traen y varios de ellos la comentan. Están recién llegados a la Habana dos niños belgas, dos víctimas de la barbarie humana. Huyendo de los horrores de la guerra, como si los acabasen de despertar de una angustiosa pesadilla, llegaron a esta tierra de paz. Sus padres los acarician, y teniéndolos cerca del corazón, los miran semiborrados, porque los miran a través de un prisma de lágrimas. Pero ellos, que también miran con el llanto en los ojos, no pueden ya corresponder a las caricias; no pueden alisar, con suavidad de pájaro, la cabeza de mamá, ni extender los dedos sobre las mejillas de papá. No tienen con qué hacer nada de eso: les quitaron las manos. ¿Cómo? De un tajo; como los leñadores arrancan las ramas á los

árboles; como los verdugos cercenaban las cabezas de los ajusticiados. ¿Quién? El enemigo; es decir, el «precursor», el troglodita, con disfraz de soldado y delirante cólera de monstruo. ¿Para qué? Para castigar, en la inocencia, el crimen abominable de amar a la patria y de defender el hogar. Se quiso mutilar el porvenir; incapacitar al futuro para la lucha de mañana. Y no se halló, en el frenesí iracundo de la venganza, medio más eficaz e ingenioso que éste. Se les cortaron las manos a los niños para que no sirvieran a su generación, como se les cortarían de raíz las alas a las palomas para enseñarlas a no volar. Esta increíble impiedad cree tener su lógica. Dice: pecaron los padres, castigemos a los hijos; se defendieron los fuertes, atormentemos a los débiles indefensos; nos atacaron los hombres, mutilemos a los ángeles. ¡Brava lección que nos ha dado el progreso! ¡Asombroso ejemplo de civilización humana!

En las satrapías del Oriente antiguo, en el horrendo desfile del botín de guerra tras el carro del vencedor, pueden encontrar estos niños a otros compañeros de martirio que van sin orejas, sin pulgares, y también sin manos y sin brazos, como ellos, condenados para siempre a la servidumbre y al oprobio. La familia de Caín

pasa, cubierta de horror y de miseria; pasa, por el fatigoso desierto, trémula bajo la implacable maldición de Jehová.

Los niños belgas no podrán ya probar esas inefables sensaciones del tacto: la tersura de la seda, de la pluma, del pétalo. Les han arrebatado un precioso instrumento de los sentidos; un maravilloso evocador de ideas; un fuerte utensilio del trabajo; un elocuente transmisor del pensamiento y del sentimiento; un incomparable y expresivo gesto de la pasión.

No sé de maldad más inicua, de crimen más repugnante. Sé de niños degollados, de niños apuñalados, de niños estrellados contra las piedras de los abismos. Pero eso es piadoso, porque es la muerte.

Y el suplicio de estos niños mancos es el de la vida; es la vergüenza, es la esclavitud, es el infortunio, es la tristeza impotente, la energía inerme. Es la educación acrobática del circo, para adaptar órganos dedicados a otra función, a las necesidades cotidianas.

¡Pobres criaturas! Hasta para pedir a Dios misericordia tendréis que levantar al cielo unas manos postizas, unas manos de goznes que no podrán sentir la frescura del maná como las de los israelitas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿Qué harán estos niños cuando crezcan y comprendan la injusticia de su mutilación y lo irreparable de su desgracia? ¿Cómo podrán creer en el Bien? ¿Cómo podrán tener fe en la civilización? ¿Cuántas cosas se habrán derrumbado ya en esas almitas empenumbadas por el dolor? ¿Cómo se irá acumulando el odio en la profundidad de esos cándidos pechos?

Y con una terquedad molesta, mientras escribo, estoy repitiéndome esta pregunta: ¿Pero qué; será cierto?

COMBATE DE ANGELES LA FIESTA INFANTIL Y LA HISTORIA DEL NIÑO POBRE

LA noche del martes, en el relativo silencio de mi cuarto, que es como una caja acústica, en la que se reproducen los ruidos de la calle—los pasos y las voces del transeúnte trasnochador, el rodar herrumbroso del coche de alquiler, la bocina acatarrada del *ford*, el sordo ritmo del tranvía, un bote que arrastran, una puerta que cierran—la noche del martes, digo, un libro ingenuo y profundo, entretenía y acariciaba mi espíritu. La lectura de aquellas páginas fragantes, que parecía que me provocaban la sensación de que habían sido restregadas con yerbas aromáticas y silvestres, me interesaba como si fuese la fácil charla de un hombre de gran cultura y de sano corazón. Sensibilidad de